

CAPITULO ULTIMO.

CONMOCION UNIVERSAL DE LA IMPERIAL
 Ciudad de Mexico con la noticia de la peligrosa enfermedad
 del V. P. Fr. Antonio. Su feliz muerte, y magnificentisimo
 Entierro. Fama de sus virtudes, y clamores de
 su santidad.

Divulgada la voz por Mexico del próximo peligro en que se hallaba el V. P. Margil, comenzó éste à ser el común asunto en los Conventos, Casas, Calles, Plazas, y Tiendas, con dolorosas demostraciones de aquellos Nobles Ciudadanos. Unos hablaban de los innumerables Infieles, que con sus Apostolicos afanes havia reducido al Gremio de la Cathólica Iglesia. Otros hacian memoria de las Turbas de pecadores, que con las actividades de su zelo se havian retirado de sus escandalosas diversiones, y havian reformado sus vidas. Otros se lamentaban de la horfandad en que quedarían muchísimas almas justas, que con sus sábias direcciones, cobraban frecuen-

temente nuevos alientos para aspirar à ser mas perfectas, y otros, por fin, referian varias portentosas maravillas, que por su medio havia obrado el Altísimo. Todos quisieran darle la vida, à no ser tan severa exactora la muerte, que à nadie atiende, ni escucha, y de ninguno se compadece por mas que se quegen los corazones, clamen las familias, y lloren los Reynos. Fueron à visitarle Personas de todas gerarquias, arrastradas de la fama de su virtud, de su benigno trato, de su dulce estilo, y de sus santos egemplos. En las Religiosas Comunidades se ofrecian à Dios fervorosas oraciones por su inminente riesgo. Las Reverendas Señoras Capuchinas doblaron sus penitencias, por redimir,

mir, si posible fuese, su vida, à costa de mortificaciones. Del Convento de San Juan de la Penitencia le enviaron el milagroso Simulacro del Niño JESUS, y teniendole algun tiempo en sus brazos, renovó del Anciano Simeón los afectos, con mucha ternura, y devotas lagrimas. De Santa Clara le llevaron la devotissima Imagen de nuestra Señora de los Remedios, y despues de derretirse por algun espacio en su presencia en amorosos deliquios, oyeron algunos que le dixo al despedirse: *Hasta mañana*. Exproxi- sion, que por haverla proferido en la vispera de su tránsito, hizo sospechar que tuvo luz de la hora de su muerte.

En este dia, que fue el cinco de dicho mes, se congregaron sus afligidos Compañeros, y ahogando los suspiros en sus pechos, le rogaron que les diese su ultima bendicion: y despues de darles el Siervo de Dios las gracias por la puntualidad, y esmero con que le havian ayudado, les encargó que no descaeciesen en lo venidero, ni desamparasen el Instituto. Crecia la fiebre por instantes, ponien-

dole cadavéricos los colores, y le administraron el santo Sacramento de la Extrema-Uncion, con la misma solemnidad que el Viatico. Recibióla en su entero acuerdo, atendiendo à las devotissimas deprecaciones, que usa el Manual Franciscano: y lleno de confianza en la piedad Divina, sin cesar de acrisolar meritos con la paciencia, sin desatarse su voz en una queja, en medio de tan agudas punzadas como le ocasionaba el dolor, cruzando las manos, y elevando al Cielo los ojos, repetía en Idioma Latino el referido verso de David: *Aparejado está, Señor, mi corazon, aparejado está*. Amaneció el siguiente dia, que es el de la Transfiguracion del Señor, à seis del expresado Agosto, y reconociendose tan cercano al momento en que havia de ser transportado del desierto de este mundo à la felicidad de la Patria, al mismo tiempo que los Religiosos le recomendaron en distintas ocasiones el alma, eran sus amorosos coloquios mas encendidos, y los deseos de desatarse de las prisiones de la carne con mas anhelo. Ocuparonle à ratos al-

gunos delirios, en que à mas de dar seguras muestras de la buena disposicion de su alma en santas respiraciones de edificacion, y egeemplo, rebosaba su corazon lleno de Apostolico zelo, en las Evangélicas empresas de su ministerio afanoso, con tanta propiedad, y fervor, como si se hallára en el Confesonario, y Pulpito. Bien, que nunca se llegó à privar del todo, pues respondía à los que le llamaban, contestaba à lo que le decian, y pedía, si algo necesitaba.

De esta conformidad llegó hasta la una y media de la tarde, alternando dulces ternuras, y virtuosos semiembargos de la razon. Y siendo ya veheméntisimos los indicantes, con que su descaecida naturaleza mostraba la proximidad de su ultimo suspiro, se llegó el Enfermero al Venerable Padre, y le dijo: *Ya es tiempo de ir à ver à Dios.* Hizo al punto inclinacion con la cabeza, como quien recibía este aviso con gustosa voluntad, y entró en el ultimo conflicto. Entonó el Credo el Vicario de Coro, y continuó el canto aquella Venerabilísima Comu-

nidad con la tierna devocion, y afectuosa pausa que acostumbraba en tales lances, sin parecer que el bendito Padre agonizaba, sino que dormía, segun la tranquilidad, y paz con que se arrancaba su triunfador espíritu, para volar à su centro. Y al entonar el Canticó: *Nunc dimittis Servum tuum, Domine, secundum verbum tuum in pace,* dió su feliz alma al Señor, exhalandola con un suavísimo aliento, abrazado con una Imagen de Christo Crucificado, y quedando con los ojos abiertos, tan claros, y transparentes, que parecia havian robado la luz à dos Estrellas. Cayó por fin la inocente vida del V. P. Fr. Antonio Margil de Jesus, honor inmortal del Evangélico Instituto, y luminoso Espejo de la vida Apostolica: el que por sus heroicas virtudes se mereció el timbre de Misionero Santo, y por su infatigable espíritu se conquistó el gran renombre de Apostol. Murió en un Martes à seis de Agosto del año de mil setecientos y veinte y seis, poco antes de las dos de la tarde, à tiempo que contaba setenta años menos doce dias de edad,

y

y de Habito cincuenta y tres y tres meses: en que fueron mas sus meritos que sus pasos, haviendo vivido siempre en un movimiento continuo, ocupado en virtuosos, y santos ejercicios, y en admirables, y singulares proezas.

Hizo reseña, à las tres de la tarde misma, la Santa Iglesia Cathedral, soltando el funesto doble, y al punto correspondieron con dolorosos ecos todos los Conventos de la Religion, poblado al ayre de luto, de palidez los semblantes, los ánimos de tristeza, y de angustia à los corazones. Asi que el clamor de los bronces dió tan triste aviso à los Megicanos, acudian en confuso tropél à nuestro Convento Personas de todos estados, y esferas, voceando los Niños por las calles, que havia muerto el Santo Padre Margil, y sin escrupulizar los mas circunspectos en llamarle sin rebozo Varon Santo. Amortajado el Venerable Cadaver, fue colocado en la Capilla de la Enfermería, con asistencia continua de muchos Religiosos, por precaver qualquier abance de la piedad indiscreta.

Asi que se abrieron las puertas para que pudiese ser visto del inmenso Pueblo, se arrojó el devoto concurso sobre él, para besarle los pies, y manos; y con ansia de coger algo por reliquia, no solo le cortaron varios pedazos del santo Habito, sino que los que no pudieron conseguirlo, se partieron para la Celda en que havia muerto, llevandose los pañuelos, que en su enfermedad le havian aplicado, y las vasijas, que havian servido para las bebidas, y unturas. Reconociendo el Prelado Superior de aquella observantisima Provincia, que la inundacion del genio crecía por instantes, y que todos quantos iban à ver al difunto Padre, pedian algo que huviese servido à su uso, procuró sosegar el impaciente murmullo, repartiendolo entre los mas principales algunas de las pobres alhajas del Siervo de Dios, que havia retenido en sí, teniendo presente este lance desde el dia antes que muriese: mandando expresamente à sus Compañeros, que no reservasen alguna, y à sus Subditos, que ninguno ocultase la mas minima. Pero viendo

Aa 2

que

que por momentos eran mas eficaces las instancias de todos para este mismo fin, y que no lo podian resistir los Religiosos, le huvieron de mudar la mortaja: temeroso de que fuese el saquéo mas indiscreto, hizo bajar el bendito Cuerpo à la Iglesia, y cerradas las puertas de hierro de la Capilla mayor, se intentó obviar en parte à estos piadosos excesos, y satisfacer à la devocion del impetuoso tumulto, que deseaba verlo con ansias.

Amaneció el Miercoles, à siete de Agosto, y esparcida por la Ciudad esta noticia, fue tanto mayor la concurrencia, que formaba continuas olas la multitud en las Calles, Compas, Claustros, Corredores, y Templo, de modo, que fue preciso poner guardas de los Soldados de Palacio, y doblar los Religiosos asistentes, para que defendiesen la integridad del Cadaver. Con todo, fue tan inutil esta defensa para resistir à tanto golpe de gente, que se abanzaron en repetidas ocasiones al Tùmulo, arrancandole à pedazos el santo Habito: de suerte, que fue menes-

ter que lo amortajasen varias veces; y à no haver estado las Centinelas tan vigilantes, es de creer, que huviera padecido el Cuerpo algun destrozo. Hacían piadosa manifestacion de tan devoto aprecio, no solo la gente popular con la mas distinguida nobleza, sino tambien innumerables Sacerdotes Seculares, y Regulares, especialmente Jesuitas, y Carmelitas; y entre estos, los mas condecorados, y literatos, con otros muchos de autoridad, y carácter. Llegaron estas demostraciones à tanto extremo, que ya le pareció exceso al Prelado de aquella Santa Provincia; y queriendo atajar con prudentes razones lo que ya se le figuraba especie de indebido culto, desvaneció sus temores un Eclesiastico Venerable, diciendole con religiosa modestia: muy Reverendo Padre, ya sabemos hasta donde podemos llegar, sin propasarnos en tan delicado punto.

Los que no podian conseguir algun retazo de su bendita Mortaja, pedian algunas flores de las que adornaban la Tumba. Otros tocaban inmensas Medallas, y Rosarios à sus

pies,

pies, y manos. Las mas de las Señoras entregaban delicados pañuelos, suplicando humildemente, que se los volviesen despues de conseguir tan precioso, y deseado contacto. Y para abreviar, no se tenia por dichoso el que no doblaba la rodilla, y besaba con reverencia sus pies, con aquellas expresiones de aplauso, y demostraciones de rendimiento, que nunca supieron merecer, ni la soberbia del mundo, ni la autoridad del mando. Quedó el bendito Cuerpo flexible, sin mal olor, y sin los horrores de la mortalidad, hasta que le dieron sepultura, que fue el dia tercero de su muerte, conservando en todo este tiempo mucho del temperamento nativo: y segun relacion del Enfermero Fray Juan de Caravajal, sudó despues de muerto en tanta copia, que le corrió el sudor por el pecho, y permaneció caliente hasta el sepulcro. Pero lo que al parecer robó mas el respeto, y admiracion de los concurrentes de todas clases, fue la particularidad de aquellos Apostolicos pies, que teniendolos llenos de callos, por los millares de le-

guas que transitó pisando la tierra descalzo, los tenia tan tiernos, blandos, y muelles, como si fueran de una criatura inocente: por manera, que reconociendo este prodigio algunos Sujetos de la primera circunspeccion, y nombre, y entre estos el Venerable Padre Juan Antonio de Oviedo, de la siempre inclyta Compañia de Jesus, no pudieron menos que exclamar en aquellas palabras de Isaías, que repite San Pablo à los Romanos: *Oh, quan hermosos son los pies de los que Evangelizan la paz.* Conspira à esta prodigiosa congetura el Ilustrisimo, y Reverendisimo Señor Doctor Don Carlos de Bermudez y Castro, meritisimo Arzobispo de Manila, que à la sazón se hallaba en Megico, esperando oportunidad para embarcarse, y aprobó el primer Sermon Funeral, que predicó en aquella Corte el V. P. Fr. Juan Lopez de Aguado. Y dirigiendo su razonamiento à este insigne Orador, muy digno de sus ilustres aplausos, despues de protestar, que no quiere disculparle el que se desentendiese en su Oracion de la sin-

gu-

gularidad que todos observaron en los pies del Religioso Cadaver, admirandolos tan dociles, tan tratables, tan hermosos, y sin ruga alguna, prosigue de esta manera: *Pies, que anduvieron tantos millares de leguas, tan descalzos, y fatigados en los caminos, tan endurecidos en los pedregales, tan enlodados en los pantanos, tan quebrantados en las montañas, tan lastimados en los peñascos, y tan ensangrentados en los espinos, como todos sabemos, parece prodigio, mas que contingencia, pues muchas veces el Señor se digna manifestar así su aceptación, como la predicación de San Antonio, en la incorrupción de su lengua, y la limosna de San Estevan, Rey, en la incorrupción de su brazo.*

Hallandose gravemente aquejada por este tiempo Maria Teresa Tello, muger legitima de Juan Francisco Hernandez, por haberla maleficiado una India, segun relacion de la paciente, fue à ver el difunto Cuerpo del Siervo de Dios; y habiendo conseguido el poder besarle los pies, le pidió la salud conveniente, y muy en particular la

espiritual, alcanzandole de Dios nuestro Señor, que la sacase de sus pecados. Fuese para su casa, y aquella noche le repitió con tanta vehemencia el accidente, que se quedó sin vista, y oído, y huvieron de llamar los domesticos à un Padre del Oratorio del Señor San Felipe Neri, para que la confesase, con pocas, ò ningunas esperanzas, en lo humano, de que su enfermedad tuviese remedio. En medio de estas ansias, se acordó la expresada Maria del V. P. Fr. Antonio Margil, y volviendose à encomendar con piadosa creencia à su intercesion, cogiendo en su mano un pedacito de Cuerda, que un Religioso de nuestro Padre San Francisco havia tocado al bendito Cadaver, no solo consiguió la salud corporal, sino que quedó al mismo tiempo con gran serenidad en su alma: Duplicado beneficio del Cielo, que atribuyó la enferma al patrocinio del Siervo de Dios, segun declaró jurídicamente ante el Ilustrisimo, y Reverendisimo Señor Doctor Don Juan Ignacio Maria de Castorena y Ursa, Obispo de Yucatán, que por enton-

ces

ces era Provisor de Naturales, y Chinos.

No fue menos la aclamacion de su santidad, que tuvo este gran Siervo de Dios, en los doceles del Real Palacio: motivo porque el Excelentisimo Señor Marqués de Casafuerte Don Juan de Acuña, Virrey, Gobernador, y Capitán General de esta Nueva-España, dió orden para que se juntase Real Acuerdo el referido dia siete de Agosto, para determinar la lustrosa pompa de su Entierro, en cuya atencion respondieron à una voz todos aquellos magnificos Señores, que por quanto el V. P. Fr. Antonio Margil de Jesus se havia ocupado por mas de quarenta y tres años tan gloriosamente, y con tan ardiente zelo en servicio de ambas Magestades en estos Reynos, mandaban, y mandaron, que se asistiese à sus Funerales Honras por aquella Real Audiencia, en la misma conformidad, que se asiste à los de los Ministros Togados de ella: y que para ello se diese aviso à los Tribunales, segun costumbre. En esta consecuencia, trasladado el bendito Cadaver el dia

ocho por la mañana, desde la Capilla mayor de la Iglesia, à la espaciosa, y capacisima Sacristia, pasaron desde el Real Palacio al Convento de nuestro Seráfico Padre San Francisco, su Excelencia, y los Señores Oidores, con los demás que componen el Real Tribunal de Cuentas, Oficiales de la Real Hacienda, Contadores de Reales Tributos, y Alcabalas, Corregidor, Alcaldes, y demás Jueces, y Personados del Regimiento de aquella Corte: y despues de haver tomado asiento en la referida pieza, fueron el Venerable Deán, y Cabildo de aquella Santa Metropolitana Iglesia, debajo de su Cruz, con asistencia de su Capilla de Musica, Acolitos, Infantes, Capellanes de Coro, Curas de su Sagrario, y demás Parroquias, y se dió principio à la Funeral Funcion, que en todo procuró fuese lucida aquel Ilustrisimo Cabildo: Asistieron tambien à ella las Venerables Comunidades de las Sacratissimas Religiones de nuestro Padre Santo Domingo, de San Augustin, de nuestra Señora del Carmen, de nuestra Señora de la Merced, las de todos los

Co-

Colegios de la Compañía de Jesus, la de San Juan de Dios, la de la Caridad, y Compañía Bethlemitica, y la de la Santa Descalcéz, incorporada con la de la Seráfica Regular Observancia, con muchos Colegiales, y Seminaristas, Cofradías, la Venerable Orden Tercera, y la mayor parte de la Nobleza de aquella Ciudad populosa: en tanto numero de concurrentes de todos sexos, y estados, que à juicio de varios Sugetos de autoridad, jamás se ha visto en Megico tan numeroso concurso. Comenzó el doble general de la Santa Metropolitana, Parroquias, Conventos, Monasterios, y demás Iglesias: y acabado el Responso, que entonó la Capilla de Musica, haciendo officio de Preste el Señor Deán, Doctor Don Antonio de Villaseñor y Monroy, fue saliendo la Procesion en toda forma por el Claustro, Portería, y Patio, por la calle del Colegio de San Juan de Letrán, dando vuelta por la que llaman calle de San Francisco, para que el inmenso gentío tuviese el consuelo de ver al difunto Padre. Cargaron su Venerable Cuerpo los Señores

Prebendados de aquella Santa Metropoli, los muy Reverendos Padres Prelados de las Sagradas Religiones, y los muy ilustres Regidores de aquella Nobilísima Ciudad, procurando dar todos el mas lucido lleno, con alternativos obsequios à esta fúnebre magestuosa pompa, que la hizo mas ostentosa la inmensa multitud de luces.

Llegados que fueron à la Iglesia, fue colocado el bendito Cadaver sobre una tarima en la Capilla Mayor, y concluida la Vigilia por la Capilla de Musica, cantó la Misa el Ilustrísimo Señor Don Juan Ignacio de Castoreña y Ursua, Chantre à la sazón de la Santa Metropolitana, asistiendole de Diacono el Maestro Don Juan Hernando de Gracia, y de Subdiacono el Licenciado Don Juan de Miñaca, ambos Prebendados de la misma Santa Iglesia. Luego que se acabó la Misa se prosiguió el Entierro, haciendo el Officio el expresado Deán con los referidos Diacono, y Subdiacono: y à tiempo de dar sepultura al Venerable Cuerpo, lo volvieron à cargar los mismos Prelados, y Regi-

do-

dores, dando el Cielo en todo abundantes muestras de lo que premió la insignisima humildad del memorable Difunto. Fue sepultado en el Presbyterio, al lado del Evangelio, en un sepulcro de curiosa bobeda, que havian erigido para sí, y para sus descendientes, los Señores Condes del Valle de Orizava, Don Josef Hurtado de Mendoza, y Doña Graciana de Vivero, que aún no se havia estrenado, y lo cedió su magnífica piedad à este gran Siervo de Dios. Tuvo por circunstancia rara el que quedase colocado entre dos Infantes de la ilustre Prosapia de los Señores Condes, que se havian enterrado en otro nicho de la misma bobeda, como acaso, con que suavemente dispuso la Divina Providencia, que quien vivió como un Angel en la pureza, se acompañase de Angeles en el Sepulcro.

Acabada la Funcion, que duró desde antes de las diez de la mañana, hasta la una de la tarde, salió la siempre Venerabilísima Comunidad del Convento de nuestro Padre San Francisco à dejar à la puerta de la calle al Excelentísimo Señor

Virey, Real Audiencia, Tribunales, Cabildos Eclesiastico, y Secular, y Sagradas Religiones, agradecida sumamente al esmero con que se dignaron ilustrar las Exequias, y sepulcral honor de este su famoso hermano. Y à la verdad, que no parece pudiera haver hecho la piedad Megicana mayores demostraciones, si en Megico huviera muerto un San Francisco Xavier, un San Antonio de Padua, ò algún otro de los Santos, que veneramos en los Altares. Sacatose varios Retratos del Siervo de Dios, à instancia de algunas Personas de carácter, à vista del difunto Cuerpo, para que ya que el funesto polvo lo havia de quitar de la vista, quedase permanente su recuerdo en las delineaciones del lienzo. Pero aunque, para esta piadosa diligencia, se solicitaron las manos mas exquisitas, no pudo ser tanta la valentia, y destreza del pincel, que sacase una copia, que se le pareciese al Original perfectamente. No obstante, queda muy vivo en la memoria de todos el Retrato de sus virtudes, y de su Apostolica Vida: y en

Bb

unas

unas planchas de estaño, que quedaron cerradas con llaves, en la misma caja forrada en que quedó depositado el bendito

Cuerpo, gravó la piedad una Inscripción en Idioma Latino, que traducida en nuestra vulgar, dice de esta manera:

AQUI ESTA SEPULTADO EL VENERABLE SIERVO DE DIOS, EL P. FR. ANTONIO MARGIL, MISIONERO, PREFECTO, Y GUARDIAN DE LOS COLEGIOS DE PROPAGANDA-FIDE DE LA SANTA CRUZ DE QUETARÓ, DE CHRISTO CRUCIFICADO DE GUATEMALA, Y DE SANTA MARIA DE GUADALUPE, ERIGIDOS EN ESTA NUEVA-ESPAÑA. FUE FAMOSO EN VIRTUDES, Y ILUSTRE EN MILAGROS. MURIO EN ESTE CELEBRE CONVENTO DE MEGICO EL DIA SEIS DE AGOSTO DEL AÑO DEL SEÑOR DE MIL SETECIENTOS VEINTE Y SEIS.



PAR-



PARTE SEGUNDA
DE LA VIDA
DEL V. P. FR. ANTONIO
MARGIL DE JESUS.

CAPITULO PRIMERO.

DE LA HEROICA FE, Y ESPERANZA
del V. P. Fr. Antonio, ilustradas con algunas de sus
máximas, alentado espíritu, y admirables
sucesos.



SIENDO canónica verdad en Pluma del Evangelista San Juan, que las obras de cada uno lo acompañan despues de muerto, será razon, que aunque déjo

debajo de la tierra el Cuerpo de nuestro Venerable Difunto, haga un breve diseño de las admirables virtudes, que hicieron à su alma tan amable à los ojos de los hombres, y tan acepta en el acatamiento Divino. Confieso lo arduo de la